

La Sagrada Escritura fundamento de la Pedagogía Cristiana en S. Juan Crisóstomo

San Juan Crisóstomo en su obra *De la vanagloria y educación de los hijos*¹, ha sabido sintonizar bellamente sus grandes dotes literarias y pedagógico-sicológicas para ofrecer al pequeño mundo infantil un bello cuadro de plasticidad extraordinaria en el que pudiera éste deleitarse, libre y espontáneamente, desarrollando sus delicados instintos, su viva imaginación, y los sentimientos más íntimos de su corazón.

El Crisóstomo quiere que se explique la Sagrada Escritura a los niños, según se ve de los relatos bíblicos con el estilo que él presenta, adoptando un tono familiar, rellenando de ordinario con sugerencias lógicas, propias de la narración, el modo escueto de la Sagrada Biblia. Con esto propugna la fuerza educativa y plástica de esos relatos como una fuente de formación espiritual. El Santo inicia con esta idea un movimiento original en la pedagogía cristiana, que adquiere su mayor eficacia al confiar esa educación, a base de la Biblia a los propios padres de familia.

Creemos oportuno ante todo señalar cuáles deben ser las cualidades de toda narración. En general las clásicas de toda retó-

1. Para la exposición del Texto Sagrado me he servido de la versión crítica castellana de BOVER-CANTERA, publicada por la BAC, en la Editorial Católica, Madrid, 1947; y para la glosa y comparación que hace SAN JUAN CRISOSTOMO, de la obra *De la Vanagloria y educación de los hijos*, que forma parte de los Tratados Ascéticos del mismo, publicada por la BAC, con texto griego, versión española y notas de DANIEL RUIZ BUENO, Madrid, 1958.

rica antigua, bien conocidas por San Juan Crisóstomo, como a continuación veremos a través de todo el trabajo. A saber:

- a) σαφής i. e. : *lucida, perspicua, aperta.*
- β) σύντομος i. e. : *brevis.*
- γ) πιθανή i. e. : *probabilis, verosimilis.*

Son éstas las cualidades señaladas por los retóricos griegos, por Cicerón y por Quintiliano.

Seguidamente, entremos de lleno en el desarrollo del trabajo, tomando como base el relato bíblico de Caín y Abel (Gen. 4, 1-16):

GENESIS, 4, 1-2.

«Conoció el hombre a Eva su mujer, la cual concibió y parió a Caín diciendo: he alcanzado de Yavé un varón. Más tarde volvió a parir y tuvo a Abel su hermano. Fue Abel pastor de rebaños y Caín labrador».

CRISOSTOMO, 39.

«Había al comienzo del mundo dos hijos de un mismo padre, dos hermanos».

Para interesar, poner en tensión y cautivar la imaginación del niño San Juan Crisóstomo dice que al llegar aquí se hace una pequeña pausa. Es el valor del «silencio» resorte importantísimo.

Observemos ya desde el principio la acomodación que hace el Crisóstomo de la narración bíblica a una versión adaptada a la mentalidad infantil. En efecto, empieza el Santo por prescindir en su relato del punto relativo al nacimiento de los dos hermanos: Caín y Abel.

Es lógico y natural. El texto bíblico: «Conoció el hombre a Eva, su mujer, que concibió y parió a Caín», etc..., aparte de que es ininteligible para la mentalidad infantil, podría formar una idea trastornada en la mente del niño. Por otra parte, quizá si éste es despierto podría dar ocasión la citada frase a que formularse alguna pregunta inoportuna al momento y que ocasionara cierta vacilación al narrador.

El Santo pues tiene presente este detalle y sin salirse un ápice del Texto Sagrado, comienza su narración de un modo más sencillo, más claro, más proporcionado a la todavía tierna y cándida mentalidad infantil: «Había al comienzo del mundo dos hijos de un mismo padre, dos hermanos...».

Hemos dicho que al llegar aquí el Santo aconseja que se haga una breve pausa, y añadíamos que era por un resorte importantísimo: «el valor del silencio».

Efectivamente, fijémonos en la narración del Santo. Ha expuesto tres verdades concatenadas pero distintas: «Había al principio del mundo —dos hijos de un mismo padre— dos hermanos».

Tres ideas que el niño tiene que captar y después asimilar. Advertimos a través de este detalle sencillo si se quiere, pero práctico, cómo el Santo va buscando y aplicando cualquier resorte que se le presenta. Pensemos sino en la disposición psicológica del niño. Se halla éste pendiente de los labios del narrador, poco a poco y mientras éste va desarrollando su explicación el pequeño va haciendo propias las ideas que se les entregan y al mismo tiempo, y con la alegría de las novedades, experimenta el deseo de ampliarlas. Entra en juego la pausa que a mi juicio tiene una doble misión: 1) La de que el niño asimile lo oído, y 2) de que se prepare con más expectación e interés a entrar en la trama de la narración.

Luego, añade el Santo, tras una breve pausa prosigue:

«Los dos hermanos habian salido del mismo vientre: El uno era mayor, el otro menor».

A la genealogía completa, San Juan Crisóstomo añade un dato psicológico, para que se grave en la mente del niño: «El uno era mayor, el otro menor».

Este detalle psicológico que facilitará y ayudará al niño a hacer comparaciones con sus mismos hermanitos o amigos, se ve resaltado con otro no menos importante y trascendente: Calla los nombres de los dos hermanos. Quizá a simple vista parecería más conveniente el nombrarlos. No lo creemos así. ¿Por qué un detalle insignificante y tal vez parezca a alguien que

qué?, sencillamente, el Santo, teniendo presente que una de las cualidades de la narración es la claridad, ha visto en este detalle una nota difícil en el relato. Aunque no se trata de nombres difíciles, sería obligar al niño ya desde el comienzo de la narración a hacer un esfuerzo mental que quizá impediría la clara comprensión del resto de la historia. Pensemos sino: El niño tendría que retener los nombres, distinguir cuál convenía al mayor y cuál otro al hermano menor. Y no sólo ésto, sino que, como veremos en seguida, al precisar el oficio de cada cual, el niño tendría que seguir esforzándose por aplicar al nombre de cada hermano su trabajo propio, sus actos, actitudes, reacciones, etc. ¿No resultará, pues, mucho más sencillo, prescindir de ellos y facilitar las cosas al pequeño e incapacitado oyente? Pero, sigamos la narración:

GENESIS, 4. 2

Díce la Biblia:
«Fue Abel pastor de rebaños y
Cain labrador».

CRISOSTOMO, 39

"Y el uno era labrador, el mayor; el otro pastor, el menor". Y añade rellenando: "El pastor sacaba a sus rebaños a los valles y lagunas. El labrador sembraba y plantaba".

De nuevo nos encontramos con una ampliación del texto bíblico que reúne en sí, con el resorte psicológico, una bella estampa bucólica que va a avivar la sensibilidad infantil. Añade el Santo: «El pastor sacaba sus rebaños a los valles y lagunas. El labrador sembraba y plantaba».

Escena áltamente plástica, pintoresca, presentación viva y en movimiento. Aconseja el Santo que «se endulce la narración, que se le dé plasticidad, para que también el niño "sienta gusto, y no se le canse el alma"».

San Juan Crisóstomo que, como ya hemos dicho, inicia con esta concepción de hacer plástica y viva la Escritura a los niños, un movimiento original en la Pedagogía Cristiana, se nos muestra en la narración de este trozo bíblico como profundo sicólogo y hábil pedagogo.

Examinemos detalladamente la escena.

En primer lugar el Santo, al hacer esta acomodación y ampliación del Sagrado Texto, es fiel a la norma propia de toda narración: «la verdad». Y no sólo el pequeño oyente se va a quedar con ella, sino que al hacerlo, va a unir otras muchas escenas que prestarán al relato un colorido extraordinario. Dijimos arriba que el Santo quiere avivar la sensibilidad del niño y que agudice sus sentidos de observación, y para ello aconseja que se haga dulce y plástica la narración.

Sin lugar a dudas, el educador que así lo haga encontrará pleno éxito. Al efecto, dice Ravaissón: «Si es verdad que en los niños la imaginación se adelanta a la razón, ¿no se sigue de ésto que esa cultura debería ponerse en primera fila? Educar la imaginación es enseñar a los niños a observar las cosas y los hombres y comprenderlos con sabiduría, sentido común y penetración»².

¿Por qué no pensar que el Santo, al añadir al Texto Bíblico el detalle de que: «El mayor era labrador, el menor pastor, éste sacaba sus ganados a los valles y llanuras», etc., ha previsto este medio y ha querido aprovecharse de él?

Además, no debemos pasar por alto este otro detalle psicológico: El pequeño oyente que es muy probable haya visto a algún pastor salir al campo con su rebaño o tal vez al vecino o familiar, agricultor, sembrar y plantar en los campos, unirá y relacionará estrechamente lo visto a lo oído, logrando con ello, aparte de la personalización y «concretización» de lo narrado, que al ser perfectamente asimilada la narración quede en su imaginación para siempre fijada. Continúa la narración:

GENESIS, 4, 3-4

«Al cabo de algún tiempo, presentó Caín de los frutos del campo una ofrenda a Javé. Y también Abel ofreció de los primogénitos de su rebaño y de su grasa de ellos».

CRISOSTOMO, 39

"Una vez, pues, determinaron los dos hacer un sacrificio a Dios. Y el pastor, tomando lo mejor de sus rebaños, se lo ofreció a Dios".

2. Cf. JOSE DUHR, S. J., *El arte de las artes: educar un niño*, Madrid, 1958², p. 300.

Inmediatamente añade el Santo: ¿No es mejor, mucho mejor, contar estas cosas, que no todo aquello del vellocino de oro y demás fantásticos prodigios?

A este respecto anota el P. Duhr ³: «Desgraciadamente se miente mucho al niño, sea por gozar con su ingenua y deliciosa credulidad; bien para colmar o esquivar una curiosidad que se considera indiscreta o prematura; ora para disciplinar su turbulencia o reformar su espíritu de subordinación; ya, en fin, para inducirlo a que acepte un remedio amargo o emprenda una acción trabajosa y difícil. Mentiras piadosamente encantadoras, como las leyendas referentes al Padre Pascuas, San Nicolás, las campanas de pascuas o la del Niño Jesús, que baja por la chimenea. Mentiras sedantes y curativas: por ejemplo, las historias de coles, de cigüeñas y de tiendas en relación con el nacimiento de los niños. Mentiras disciplinares y coercitivas que, a falta de espantajos caídos en desuso, presentan a Dios castigando las tonterías del niño...». «Resueltamente hay que prescindir de ellas. Únicamente la verdad es bienhechora y liberadora... Pensarán algunos, dice el citado Padre más adelante, que, esa manera de proceder es muy austera y muy estrecha. ¿No es eso "despoetizar" la vida de los niños y privarlos de las alegrías más dulces y más encantadoras? ¿No hay que servir a los niños los alimentos que son propios de su edad? ¿No basta, para evitar todo inconveniente, con disipar el error desde que se vería con él trabado el progreso natural de su razón? ¡Sí!, ciertamente, no hay que servir a los niños más que los alimentos propios a su edad. El error es creer que la verdadera poesía que alegra y anima, pueda hallarse en la mentira. Si hay poesía, es a lo más la del espejismo, que fascina y mata. Sólo la verdad, es poética, basta con saber mirarla».

«...Los regalos de San Nicolás, ¿serían, pues, menos agradables a los niños, si se les dijese que ese buen santo Obispo amaba mucho a los niños y que goza en el cielo con verlos un poco agasajados el día de su fiesta? Los juguetes de Nochebuena, ¿se-

3. JOSE DUHR, S. J., *o. c.*, p. 288 s.

rían, pues, menos atractivos para ellos, si se les explicase que el nacimiento del Niño-Dios es el manantial inagotable de la más exquisita y sólida de las alegrías, en que los niños, lo mismo que los mayores, deben participar ampliamente? ¿Es que la venida del Hijo de Dios a la tierra no es mil veces más conmovedora que la venida del Niño Jesús por la chimenea?», etc.

A la explanación que hacía San Juan Crisóstomo del Sagrado Texto, insiste de nuevo: «Animale (pues lo lleva consigo la narración), sin añadir nada falso, sino partiendo siempre de la Escritura».

Dos ideas sobresalen en este consejo del Crisóstomo: 1.ª Anímale, ésto es, pónle ante sus ojos la belleza de la virtud. Dile que Dios que está en el fondo de nuestro corazón ve perfectamente si éste es puro, desinteresado, noble, y por el contrario si es sucio, egoísta, perverso.

En segundo lugar hace el Santo hincapié en que no se debe «añadir nada falso sino partiendo siempre de la Escritura».

Recordemos cómo era precisamente la verosimilitud una de las cualidades de toda narración. Y no olvidemos lo que hemos dicho arriba acerca de las historias o leyendas falsas y verdaderas.

Perfectamente comprensible es la insistencia del Santo en lo referente a la veracidad. ¿Cómo si no, se entendería su recomendación de que no se cuenten a los niños fábulas y leyendas falsas? Además sería un crimen falsear el «Libro» por excelencia y ocasionaríamos en el joven oyente un trauma psíquico cuando advirtiera más tarde que bajo la capa de bien y en nombre de Dios le habíamos engañado miserablemente. Prosigue la narración:

GENESIS. 4. 46-5

«Javé miró con buenos ojos (con agrado) a Abel y su ofrenda; mas a Caín y su presente no vió con buenos ojos».

CRISOSTOMO, 39

“Comoquiera, pues, que ofreció a Dios lo mejor, al punto bajó fuego del cielo y lo arrebató todo al altar de arriba. No lo hizo así el hermano mayor, sino que fue y, guardando en sus graneros para sí lo mejor de sus trabajos, ofreció a

Dios lo que menos valia. Y Dios no se dignó ni mirar aquellas ofrendas, sino que apartó su rostro y las dejó allí sobre el suelo".

Continuemos, fijándonos en el Sagrado Texto y en la adaptación que del mismo va haciendo el Santo.

Nada dice el original: 1.º de que ante el grato ofrecimiento del hermano menor, bajara fuego del cielo y lo arrebatara todo al altar de arriba; 2.º de que el hermano mayor guardara en sus graneros para sí lo mejor de sus trabajos. Mas podemos preguntar: ¿no es una consecuencia implícita que se deduce claramente del Texto original?

Situados como estamos en esta línea de comparación y constatación, profundicemos un poco en el detalle.

A la acción hermosa y ejemplar del hermano menor (Abel) que tomando lo mejor de sus rebaños se lo ofreció a Dios, se sigue como consecuencia lógica el que Este le mirara con agrado. Y que por el contrario, no viera con buenos ojos el presente del hermano mayor (Cain).

Sin embargo esto que de por sí lo entendería perfectamente el niño, mueve al Santo a glosarlo gráficamente para avivar una vez más la tierna mentalidad infantil. «Y al punto, añade el Crisóstomo refiriéndose al sacrificio selecto y delicado de Abel, bajó fuego del cielo y lo arrebató todo al altar de arriba».

Advirtamos con qué plasticidad describe la escena San Juan Crisóstomo. Indudablemente que ha querido aprovechar e interesar la imaginación del pequeño oyente, facultad preciosa, como hemos visto anteriormente. «El niño, semejante al poeta y al artista, es un ser enormemente imaginativo». Y el Santo fiel a ésto ha sabido tocar el resorte, ha entrelazado bella y oportunamente este detalle vivo de la narración a su caudal de enorme imaginación.

Como fruto, he aquí el resultado inmediato: veremos si son varios los que escuchan, que uno tal vez entorna los ojos, otro mira a un punto fijo, los más miran sin saber a qué; y si es un sólo, lo encontraremos mirándonos fijamente, sí, pero con la

imaginación y pensamiento bastante lejos del lugar. ¿Qué ha ocurrido? Sencillamente que, cada uno y a su modo, ha ido imaginándose la escena, poniéndole colorido, le ha dado, en una palabra, vida y movimiento; un altar preparado con la grata ofrenda, el cielo que se abre, un fuego que bajando en torbellino la arrebatara llevándola consigo... Y por el contrario: un altar sucio y desmantelado en el que se hallan colocados unos frutos raquíticos y despreciables que obligan a Dios a apartar su mirada de ellos. El Santo una vez más ha dejado en su relato una clara huella de sus grandes dotes pedagógicas y psicológicas.

Mas no sólo ésto; aún hay otro detalle no menos importante. San Juan Crisóstomo no pudo, en nuestra opinión, olvidar en este pasaje, el aspecto espiritual, sobrenatural. ¿En qué precisamente? A simple vista parece que el Santo sólo se preocupa de avivar e interesar la imaginación del niño bajo un punto de vista puramente humano. Pero profundicemos un poco, y observaremos con perfecta claridad el juicio que acabo de formular. Ante la escena que estamos comentando, se verifica en el niño con toda lógica el paso de la sensación imaginativa puramente natural, al sentimiento, al corazón. Surje espontáneamente una reacción del pequeño oyente, que en el presente caso es doble: de amor e imitación por una parte, de desprecio y antipatía por otra. Y aquí tenemos, la reacción psicológica propicia que ha intentado alcanzar el Santo. Amor, simpatía, deseo de imitar la virtud que para el niño aparece en ese sacrificio delicado y puro y en la recompensa del cielo que desde ahora va a querer para él; y desprecio, antipatía, alejamiento del pecado, que para él está perfectamente «personalizado» en la frase: «Y Dios, no se dignó ni mirar aquellas ofrendas, sino que apartó su rostro y las dejó allí sobre el suelo».

San Juan Crisóstomo, pues, ha alcanzado dos objetivos a la vez, y ésto, no sólo no apartándose de la narración del Sagrado Texto, sino practicando con acierto y fielmente una de las cualidades de la perfecta narración que como sabemos es la de mover al oyente. Dice seguidamente la narración:

GENESIS, 4, 5-7

«Irritóse Cain por ello sobremanera y se abatió su semblante. Dijo entonces Javé a Cain: ¿Por qué te has irritado y por qué ha decaído tu semblante? ¿Acaso si obras bien no habrá recompensa; y si mal obras, ¿no acechará a la puerta el pecado que hacia ti tenderá, aun cuando podrás dominarlo?».

CRISOSTOMO, 39

"¿Qué sucedió, pues, luego? El hermano mayor quedó resentido, pensando haber sido deshonrado y preterido, y andaba triste. Díjole entonces Dios: ¿Por qué estás triste? ¿No sabías que hacías ofrenda a Dios? ¿Por qué me has ofendido? ¿Es que tenías algo que echarne en cara? ¿Por qué me ofreciste lo de menos valor?".

Hemos llegado en la narración a un punto que podemos llamar básico. La mente del pequeño está trabajando sin descanso. Se establecen dentro de él un ininterrumpido juego de ideas, escenas y sensaciones. Dios que habla desde el cielo, el hermano mayor que irritado no se atreve ni siquiera a elevar sus ojos arriba, Dios que insiste en su pregunta.

Ha llegado el momento psicológicamente propicio. El Crisóstomo no puede pasarlo desapercibido. Quiere para ello hacer resaltar el diálogo que circunstancialmente se ha convertido en un monólogo. Sólo habla Dios. El niño, decíamos arriba, reaccionó de diverso modo ante las distintas ofrendas o sacrificios de los dos hermanos. Continúa pues, mirando con horror la actitud del hermano mayor; y ante la escena que se le presenta, se constituye también en juez junto a Dios, y a la vez que El formula las preguntas: ¿Porqué has ofendido a Dios? ¿Porqué le ofreciste lo de menos valor? Anda, contesta, ¿Porqué no respondes? Y ante el silencio hosco y avergonzado del hermano mayor el niño monologa. Naturalmente, ¡cómo va a contestar! ¡Con qué cara va ha hacerlo! ¡Cómo se va a atrever! etc. ¡Bella estampa llena de ingenuidad y ternura! Mas volvamos nuevamente al relato bíblico:

GENESIS, 4, 8-10

Y dijo Cain a Abel, su hermano: «Vamos al campo!». Y cuando estaban en él, acometió Cain a su hermano Abel y lo mató.

CRISOSTOMO, 39

Después de esto, viendo a su hermano menor, le dijo: "Vamos a salir al campo". Y echándole la mano lo mató a traición aquel her-

Luego dijo Javé a Cain: «¿Dónde está tu hermano Abel?», y contestó: «No sé. ¿Acaso soy yo guardián de mi hermano?».

Exclamó Javé: «¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra».

mano mayor. Y creía que Dios no había de enterarse. Mas Dios se le acercó y le dijo: "¿Dónde está tu hermano?". Respondió él: "No lo sé. ¿Acaso soy yo guardián de mi hermano?". Dícele Dios: "He aquí que la sangre de tu hermano está clamando a mí desde la tierra".

Dos versículos después añade:

GENESIS, 4. 12

CRISOSTOMO, 39

«Errante y vagabundo vivirás por el orbe».

"Con temor y temblor morarás sobre la tierra".

Y el Santo puntualizando acaba diciendo: ¿Qué sucedió, pues seguidamente?: «Al menor, Dios lo levantó inmediatamente al cielo; pero el otro, el que lo había asesinado vivió aún muchos años, sufriendo muchos males, entre temores y temblores, y sobre él cayeron mil calamidades y castigos a diario».

Detengámonos brevemente en esta última escena de la narración.

Ha llegado ya el final de la misma. El Santo quiere dar la última pincelada. Y al interés expectante de arriba le añade un magnífico dato final. San Juan Crisóstomo se aprovecha de ese dato propio de la narración los «*colloquia personarum*», y con toda la plasticidad que le brinda la escena describe el crimen y el castigo.

A simple vista parece que hay un tránsito algo brusco en el pasaje. Todavía resuena en el espacio el eco de la voz de Dios interrogando al ingrato y egoísta sacrificador, cuando sin más preámbulos entra en acción una escena totalmente nueva. «Y dijo Cain a Abel su hermano, vamos al campo». El Santo, aún sin lograr del todo el lógico tránsito, añade un poco más: «Después de esto, dice, viendo a su hermano menor le dijo: «Vamos a salir al campo». A mi juicio sin embargo este tránsito de escena a escena lo ha llenado inmediatamente el pequeño oyente con una consecuencia implícita perfectamente lógica. Ante esta invitación al paseo del hermano mayor al menor, el niño que oye

con atención la narración y sigue paso a paso el relato, se estremece, teme lo peor, espera casi con seguridad el desenlace final.

Verdaderamente resulta interesante y hasta conmovedor leer y releer el relato de esta última escena sosegadamente, teniendo frente a nosotros y como marco de la misma uno o varios niños que nos escuchan con todos sus sentidos puestos en tensión. ¡Qué cantidad de reacciones en tan breves momentos!

«Vamos a salir al campo», dice el hermano mayor; e inmediatamente se llena el corazón del niño de temor. ¡Ten cuidado se dice interiormente como si pudiera de hecho avisar al hermano menor!

«Y cuando estaba en el campo, echándole mano lo mató a traición». ¡Claro se dice el niño indignado y dolido, ¿por qué saliste con él? ¿no te lo dije yo? ¡No debías haberlo hecho! ¡Si yo pudiera vengarte...!

Y aquí introduce San Juan Crisóstomo un inciso estupendo y enormemente psicológico. Dice: «Y creía el hermano mayor que Dios no había de enterarse». ¡Estupendo se dice inmediatamente el niño contento y como recompensado! El le vengará, afirma, refiriéndose a Dios.

«Mas Dios se les acercó y le dijo».

Comienza de nuevo el interés y expectación en el ánimo del niño.

«¿Dónde está tu hermano?».

¡A ver que le contestas!, monologará.

«Respondió él: No lo sé. ¿Acaso soy yo guardian de mi hermano?».

Indignación de nuevo en el niño, calmada en seguida ante las palabras de Dios.

«He aquí que la sangre de tu hermano está clamando a mi desde la tierra. Con temor y temblor morarás sobre la tierra».

¡Bien! dice el pequeño respirando profundamente. Y su amplia y limpia sonrisa son el mejor testimonio de la satisfacción que embarga su alma, satisfacción que queda ratificada con la ampliación que hace el Santo al Texto Sagrado: «Al menor, Dios lo levantó al cielo; pero el otro, el que lo había asesinado vivió

aún muchos años, sufriendo muchos males entre temores y temblores, y sobre él cayeron mil calamidades y castigos a diario». El crimen, se dirá finalmente el niño no ha quedado impune.

Temor, indignación, dolor, alegría, satisfacción, interés, expectación, ¿no podemos afirmar que esta sola escena, corta pero bella, nos ha descubierto magistralmente toda una vida psíquica y sentimental de un niño?

Se nos podrá objetar: ¿Y tuvo presente todo esto el Santo en su simple narración? No sólo, contestaríamos, no sólo lo tuvo presente, sino que, a mi juicio, y como se deduce de toda la narración, lo intentó y buscó con todo su corazón. Y añadiríamos: y no sólo lo intentó sino que lo consiguió plenamente.

El Santo espera como fruto de la narración que el niño aborrezca el egoísmo, la envidia, el pecado, y que ame la caridad, la virtud, en una palabra, a Dios.

¿Se habrán conseguido en el corazón del niño estos frutos? La contestación es evidente.

En gracia a la brevedad y creyendo suficientemente abierto el horizonte a estudios más profundos y completos sobre el tema, pasamos por alto otras narraciones, tales como las historias de «Esaú y Jacob, de Job, de José», etc., que de modo análogo al expuesto aduce San Juan Crisóstomo para hacer comprensible y sugestiva la Sagrada Escritura a la mente y corazón de los niños, y que nos muestran con una claridad y precisión extraordinarias cómo se puede ser a la vez que un perfecto psicólogo y pedagogo, un fino y consumado narrador que enseña deleitando y moviendo los corazones.

¡Qué inmenso tesoro, todavía sin explotar tenemos, los educadores todos al alcance de nuestras manos!

«Así educado el niño, termina el Santo, como colofón a su obra sobre la *Educación de los hijos*, sobre él vendrán todos los bienes y luego aprenderá también él a educar así a sus hijos, y éstos a los suyos, y así se formará una hermosa e ininterrumpida corona de oro»⁴.

ANTONIO MARTI, Pbro.

4. SAN JUAN CRISOSTOMO, o. c., pp. 808-809.